

PRESENTACIÓN

La Eucaristía es un inefable misterio de fe, como proclama la liturgia de la Iglesia. Un misterio porque la razón humana se encuentra ante una verdad que no es capaz de conocer sin la ayuda de la revelación y de la fe. No obstante en este misterio se nos revela el secreto divino (cfr. Ef 1, 9; 3, 9; 1 Co 2, 7), el designio del Dios vivo, Uno y Trino, de salvar al hombre en Cristo, y se nos ofrece también la posibilidad de encontrarnos personalmente con Él¹. En efecto, cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía, Jesucristo se hace presente en los signos sacramentales del pan y del vino en el acto de ofrecer su vida al Padre para la redención de la humanidad. En Él y con Él se hace presente su obra salvífica, el sacrificio de nuestra redención en la plenitud del misterio pascual de su pasión, muerte y resurrección gloriosa. No se trata de una presencia estática, meramente pasiva, porque el Señor se hace presente con el dinamismo de su amor salvador: en la Eucaristía Él nos invita a acoger la salvación que nos ofrece y a recibir el don de su cuerpo y de su sangre como alimento de vida eterna, permitiéndonos entrar en comunión con Él —con su persona y con su sacrificio— y en comunión con todos los miembros de su cuerpo místico que es la Iglesia.

Con palabras de san Josemaría Escrivá (†1975) podemos afirmar que la Eucaristía perpetúa en el tiempo de la Iglesia la «corriente trinitaria de amor por los hombres»². Dicha corriente nos manifiesta el amor del Padre, que en su diseño salvífico envió a su Hijo Unigénito al mundo para redimirnos y darnos la vida eterna (cfr. Jn 3, 16-17). Nos muestra y nos ofrece el amor del Hijo, Pan bajado del cielo que, obediente a la voluntad del Padre, entregó su vida por nosotros (cfr. Jn 6, 32-38; Mt 26, 28). Nos revela y nos comunica el amor del Espíritu Santo, por obra del cual el Verbo se hizo carne (cfr. Mt 1, 20; Lc 1, 35) y continúa haciéndose

1. Cfr. M. J. SCHEEBEN, «Die Mysterien des Christentums», §§ 69-71, en ÍD., *Gesammelte Schriften*, II (J. HÖFER, ed.), Freiburg im Breisgau 1941, 392-393; 395-396; 402-404.

2. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, «La Eucaristía, misterio de fe y de amor», en ÍD., *Es Cristo que pasa. Homilias*, Madrid 1973, n. 85.

presente entre nosotros en cada celebración de la Eucaristía, ofreciéndonos su carne *vivificada por el Espíritu* (cfr. Jn 6, 51-57; 63). De aquí, de esta *corriente trinitaria de amor* que el Santísimo Sacramento nos ofrece, proviene la fuerza que permite a los cristianos vivir en Cristo, animados por un solo Espíritu, como hijos del único Padre, amando hasta el don total de sí mismos, plenamente comprometidos en la edificación de la Iglesia y en la transformación del mundo según el proyecto de Dios.

La exposición del dogma eucarístico ha sido sistematizada de modos diversos en el curso de la historia. Hasta el Concilio Vaticano II los tratados sobre la Eucaristía seguían en la mayor parte de los casos un esquema fijo, estructurado en dos partes, sin apenas relación de una con otra. En la primera se estudiaba la Eucaristía como sacramento y se exponía la doctrina sobre el signo sacramental, su contenido (la presencia real del cuerpo y de la sangre del Señor), la transustanciación, el modo de presencia de Cristo en la Eucaristía, la comunión, los efectos del sacramento en el sujeto, el ministro. En la segunda parte se estudiaba la Eucaristía como verdadero y propio sacrificio, explicándose su esencia, precisando sus fines y analizando sus frutos salvíficos³. El origen de este planteamiento se remonta a las *summae* medievales, por la parte que se refiere a la naturaleza del sacramento y a la presencia real; y a la teología postridentina, por lo que respecta al sacrificio eucarístico, la comunión y el ministro. El esquema tenía su lógica, aunque estaba determinado, más que por la revelación y por la reflexión sobre el misterio del culto eucarístico, por las urgencias doctrinales surgidas con las grandes controversias eucarísticas: la controversia berengariana (en aquella época era preciso afirmar claramente la presencia verdadera, real y sustancial de Cristo en la Eucaristía) y la controversia con los protestantes (en aquel tiempo urgía afirmar el carácter de verdadero y propio sacrificio de la Misa y la existencia del ministerio ordenado).

Dicho planteamiento llevó a distinguir y separar de modo indebido la Eucaristía-sacramento (entendida como presencia de la humanidad de Cristo y como comunión con Él) de la Eucaristía-sacrificio. De hecho, se estudiaba la presencia real en sí y por sí, de modo esencialmente apologético, sin relacionarla con la dimensión sacrificial y convival del misterio eucarístico, lo cual dificultaba la comprensión unitaria de la Eucaristía y generaba consecuencias negativas para la piedad cristiana: la comunión no se entendía como participación en el sacrificio de Cristo y parte integrante de la Misa; no se percibía la intrínseca interdependencia de la presencia real (y el culto eucarístico fuera de la Misa), el sacrificio eucarístico

3. Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *De Eucharistia*, Torino 1948, 16-313. Una variante de este esquema se encuentra en los tratados articulados en tres partes: la primera, dedicada al estudio de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, de la transustanciación y del modo de presencia; la segunda, dedicada a la exposición de la doctrina sobre el sacrificio de la Misa; la tercera, a la consideración de la Eucaristía como sacramento: determinación de la materia y de la forma, sujeto, efectos y necesidad de la comunión; cfr. J. FILOGRASSI, *De Sanctissima Eucharistia*, Roma 1962²; J. DE ALDAMA, «De Sanctissima Eucharistia», en AA.VV., *Sacrae Theologiae Summa*, IV, Madrid 1962⁴, 213-378.

y la comunión. Además se intentó explicar el carácter sacrificial de la Eucaristía siguiendo un procedimiento desacertado: se partía de una noción teórica de sacrificio según las exigencias de la religión natural, para aplicarla luego a la Misa, sin prestar una adecuada atención a la revelación, que afirma claramente la perfección y unicidad del sacrificio de Cristo (cfr. Hb 7, 27; 9, 12; 9, 26; 10, 14), y sin tener en cuenta las categorías empleadas por los Padres (las del memorial y del misterio-sacramento). Esto llevó, sobre todo a la teología postridentina, a presentar la Misa como un nuevo sacrificio de Cristo y/o de la Iglesia.

Por lo que se refiere al método, los manuales postridentinos seguían generalmente el método 'regresivo': el punto de partida eran las tesis deducidas de las definiciones de los concilios y de otros documentos del Magisterio eclesiástico, tesis que eran después demostradas con breves citas de la Escritura, con algunos textos de los Padres y con la doctrina de los teólogos.

Después del Concilio Vaticano II tuvo lugar un 'replanteamiento' del tratado⁴. El principio determinante fue el criterio recogido en el *Decreto sobre la formación sacerdotal* «*Optatam totius*», n. 16, donde se aconseja que en la enseñanza de la teología dogmática se utilice el método 'progresivo', lo cual comporta que en primer lugar se expongan los temas bíblicos; después se ofrezca la aportación de los Padres de la Iglesia en la transmisión fiel y en la enucleación de las verdades reveladas, así como la ulterior historia del dogma; y, por último, se ilustren los misterios de la salvación, profundizando en ellos por medio de la especulación y enseñando también a los alumnos a reconocerlos presentes y operantes en las acciones litúrgicas y en toda la vida de la Iglesia.

Teniendo presentes estas orientaciones, hemos decidido estructurar el tratado en dos partes; la primera está dedicada al estudio de la Eucaristía en la historia; la segunda, a la exposición sistemática de la doctrina eucarística.

La parte histórica a su vez está dividida en dos secciones: a) La primera se centra en el estudio de la Eucaristía en la revelación bíblica, punto obligado de partida, porque la Eucaristía no nació de la *praxis* cultural de la Iglesia o de la especulación de los teólogos, sino del don de Dios revelador y salvador. Esta sección no constituye un estudio *a se*, autónomo y aislado del resto, sino que es el alma del tratado; los datos y los conceptos allí expuestos informarán todo el trabajo. b) En la segunda sección se ofrece una síntesis del desarrollo del culto y del dogma

4. Para una visión de conjunto de los principales tratados publicados entre 1960 y 1989, cfr. P. RAFFIN, «Bulletin de théologie. L'Eucharistie», *RScPhTh* 58 (1974) 643-650; G. COLOMBO, Per il trattato sull'Eucaristia, I-II, *Teol.* 13 (1988) 95-131; 14 (1989) 105-137. Para otros estudios editados entre 1990 y 2000, cfr. D. BOROBIO, *Eucaristia* (Introducción metodológica), Madrid 2000, XXVII-XXXVI; P. CASPANI, «Saggi di Teologia Eucaristica. Lettura critica di alcuni contributi degli anni 90», *ScCatt* 128 (2000) 901-954. En la línea de las propuestas, cfr. I. BIFFI, Il trattato teologico sull'Eucaristia: principio e progetto, *ScCatt* 117 (1989) 341-365; C. GIRAUDO, «Vers un traité de l'Eucharistie à la fois ancien et nouveau», *NRTb* 112 (1990) 870-877. Este último autor ha escrito también un tratado sobre la Eucaristía a partir de la *lex orandi*: cfr. C. GIRAUDO, «*In unum corpus*». *Trattato mistagogico sull'Eucaristia*, Roma 2000.

eucarístico en la historia. Esta sección es el anillo necesario de conjunción entre la Sagrada Escritura y la comprensión y sistematización de la doctrina eucarística propia de nuestro tiempo. A este propósito conviene recordar que un estudio sistemático no puede reducirse a la actualización de los datos bíblicos en el contexto cultural y teológico contemporáneo, sin tener suficientemente presente que el modo actual de plantear las cuestiones nos ha sido transmitido históricamente⁵. En efecto, hemos recibido de la Iglesia la palabra de Dios en la que creemos; nuestra fe es la fe de la Iglesia que vive en la historia. Es por tanto necesario conocer cómo la Iglesia, bajo la guía del «Espíritu de la verdad» –Aquel que nos guía «hacia toda la verdad» (Jn 16, 13), facilitándonos una comprensión más profunda de la persona de Cristo, de su mensaje y de su obra salvífica (cfr. Jn 14, 26; 15, 26)–, ha comprendido, enseñado y vivido el misterio eucarístico.

La parte sistemática tiene como punto de referencia primordial el misterio del Verbo encarnado, crucificado y resucitado, y su actividad salvífica operante en la Eucaristía. Esta parte se desarrolla en torno a la categoría unificante del memorial-sacramento, y está articulada en tres secciones: a) En la primera se analizan los elementos estructurales del memorial del Señor, comienzo obligado, porque es imposible comprender el sacramento eucarístico sin partir del hecho de que la Eucaristía existe en cuanto celebrada litúrgicamente por la Iglesia, obediente al mandato de Cristo. b) En la segunda se estudia la realidad hecha presente, de la que participa la Iglesia en la celebración eucarística. c) En la tercera, la atención se centra en la potencia salvífica de la Eucaristía, sobre todo en los efectos cristológico y eclesiológico.

El estudio sistemático se inicia, pues, con la celebración del memorial del Señor; acto seguido se examina *la realidad significada y re-presentada*⁶ (= hecha presente) en el sacramento, con la cual la Iglesia entra en comunión; por último, se consideran los efectos salvíficos de la Eucaristía en la Iglesia y en el mundo. Esta lectura del misterio eucarístico, que comienza con la celebración litúrgica de la Iglesia y busca su significado y su contenido con progresiva profundidad, pero sin perder jamás de vista la unidad dinámica de la acción sacramental, nos permitirá mostrar cómo la Eucaristía es un único gran misterio de salvación, el misterio-sacramento de la presencia de Cristo y de su sacrificio redentor, en un modo tal de presencia que hace posible que la Iglesia se injerte vitalmente en el misterio pascual de su Señor.

Una aclaración más: en la segunda sección, dedicada al estudio de la *res et sacramentum* de la Eucaristía, el primer momento de la reflexión sistemática está centrado en la re-presentación del sacrificio de Cristo; de este modo hemos querido

5. Sobre el tema, cfr. J. H. NEWMAN, *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, London - New York 1914, espec. 3-121; Y. CONGAR, *La foi et la théologie*, Tournai 1962, 3-120; J. RATZINGER, *Das Problem der Dogmengeschichte in der Sicht der katholischen Theologie*, Köln 1966.

6. En la versión italiana se lee: *la realtà rappresentata e ripresentata*. Este juego de palabras no ha sido posible mantenerlo en castellano.

poner en primer plano, como hacen todas las tradiciones litúrgicas de la Iglesia, que la Eucaristía es el memorial-sacramento que actualiza el sacrificio único de Cristo en el hoy de la celebración litúrgica, subrayando la dimensión sacrificial de la Eucaristía. La dimensión convival de este sacramento está desarrollada no como un tema independiente, sino en conformidad con el evento originario: como comunión con la persona de Cristo y con su sacrificio redentor. Sucesivamente, teniendo en cuenta el planteamiento sistemático sugerido por la teología contemporánea y adoptado por el mismo *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), hemos afrontado el estudio del fundamento ontológico de la re-presentación del sacrificio de nuestra redención: la presencia verdadera, real y sustancial del cuerpo y de la sangre de Cristo, de su persona encarnada, en virtud de la fuerza transformadora de sus palabras y de la acción del Espíritu Santo. La doctrina de la presencia real-sustancial de Cristo en la Eucaristía será, por tanto, expuesta en el contexto general de la celebración del memorial del misterio pascual del Señor y en el conjunto del dogma eucarístico, sin aislarla en sí misma, como frecuentemente ha sucedido en los manuales del pasado.

Por lo que se refiere a la bibliografía, el lector encontrará al término de cada capítulo algunas orientaciones bibliográficas fundamentales, y en las notas a pie de página, las referencias bibliográficas específicas sobre las cuestiones particulares abordadas en el texto. Al final del tratado, en una sección dedicada a la bibliografía general, indicaremos las obras que consideramos de mayor utilidad para quienes comienzan el estudio del misterio eucarístico.

Por último, quisiera hacer presente que este texto ha nacido de las clases impartidas en las aulas de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma). Agradezco a mis alumnos, así como a mis colegas del Departamento de Teología Dogmática, las observaciones y sugerencias que me han ofrecido durante las clases, en los seminarios en los que he expuesto el contenido de esta publicación y en tantos otros momentos de la vida académica. Mi gratitud se extiende también a los colegas de los Departamentos de Sagrada Escritura y de Historia de la Iglesia, por sus valiosos consejos.

Roma, 20 de abril de 2005